



NUESTRA SEÑORA DE ALTA-GRACIA, EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

CAPÍTULO XVII.

Nuestra Señora de Altagracia en la República Dominicana.

SUMARIO.—I. La Isla de Santo Domingo. II. La Santa Cruz. III. Las tres imágenes. IV. Sueño y hallazgo. V. Devoción de los pueblos.

I

LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Después de Cuba, la isla mayor de las Antillas es la denominada Santo Domingo ó Española, descubierta por Colón en 1492. Esta isla comprende en la actualidad dos estados independientes: la República de Santo Domingo, con una extensión de cincuenta y tres mil trescientos cuarenta y cuatro kilómetros cuadrados, y la de Haití con veintiún mil setenta y ocho. En ésta se habla el francés, y en aquélla el castellano. Desgraciadamente las revoluciones la tienen en continua agitación, lo cual hace temer que caiga algún día en las garras del águila del norte. Cuenta la República Dominicana con 520.000 habitantes. En 1844 se hizo independiente de España; mas á los pocos años, en 1860, á petición del presidente D. Pedro Santana, volvió á unirse á la antigua Metrópoli. Fué esta anexión poco duradera, pues tres años más tarde recobró su autonomía, debido en gran parte á lo poco afecto que era el ministerio Narváez de Isabel II á esta unión.

La isla de Santo Domingo tiene un suelo muy feraz.

Abundan en ella los bosques, y de aquí que uno de sus principales elementos de riqueza sean las maderas. El árbol de la caoba alcanza dimensiones colosales. Hay ébano, granadillo, datey, roble, pino, abeto, cedro y diversas especies de palmas. En los valles se cultivan el café, la caña de azúcar, el cacao y el tabaco. El clima en los bajos es húmedo y caluroso, perjudicial á los extranjeros; en cambio hay sitios á las márgenes de los ríos donde se respira aire saludable; en las montañas se siente frío molesto. La capital de la República es Santo Domingo con quince mil habitantes. Es la ciudad más antigua de la América, pues fué fundada por el adelantado Fernando Colón, hermano del almirante, al norte de la isla. En 1496 la trasladó al sitio que ocupa en la desembocadura y orilla derecha del río Ozama en los 18°21' latitud norte. Llegó á tener Audiencia, cuya jurisdicción se extendía hasta Venezuela, y en 1513 fué erigida en obispado por León X; más tarde fué iglesia metropolitana, dependiendo de ella como sufragáneas las diócesis de Cuba y Puerto Rico. Ahora es Arzobispado, sin Obispos sufragáneos.

Es plaza fuerte defendida por varios baluartes y una ciudadela. Entre sus edificios públicos sobresale la catedral de grandes dimensiones, y en ella hay una cripta donde los dominicanos afirman que yacen los restos de Colón sosteniendo su tesis con argumentos poderosos que no han podido rebatir los españoles, los cuales sostienen estaban en la Habana y fueron trasladados después de la guerra última á Sevilla. Al lado del evangelio de la catedral de la Habana existe todavía nicho con una inscripción en que se afirma estar allí los restos del descubridor de América; pero parece que eran los de su hermano Fernando. Es notable en la catedral de Santo Domingo el altar llamado *de la santa Reliquia*, por su construcción artística, la elegancia de sus molduras y

la belleza de los relieves. Dentro de vistoso nicho contiene un trozo de madera de la cruz milagrosa, que Colón erigió en el santo cerro, teatro de la más reñida batalla contra los indios. Esta Reliquia está engastada en plata, y se expone á la veneración de los fieles en ciertas fiestas del año, especialmente el viernes santo y en las rogaciones de Mayo. Como dicha Reliquia está íntimamente ligada con la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, que es venerada con culto ferventísimo en el santuario del Santo Cerro, vamos á referir aquí su origen, tomándolo del *Boletín eclesiástico* de la Archidiócesis de Santo Domingo, número 35 correspondiente al 15 de Enero de 1886.

II

LA SANTA CRUZ

En Marzo de 1495 Cristóbal Colón, al frente de un puñado de españoles, debía dar una batalla en el valle de la Vega á un número crecidísimo de indios, que algunos historiadores fijan en treinta mil, y otros hacen subir á cien mil. El triunfo de parte de los primeros no era de esperarse, porque si bien tenían la superioridad de las armas, eran tan inferiores en número, que el más pequeño empuje de los indios habría bastado para destruirlos completamente. En efecto, éstos desplegaron valor extraordinario y pusieron en juego todos sus recursos para obtener la victoria y anonadar á los invasores. Pero la Providencia divina, que quería arraigase la fe de Cristo en la isla, protegió de un modo visible á los españoles, para que lograsen un triunfo tan espléndido y completo, que desde ese día quedó afirmada su dominación.

Esta protección se manifestó por un insigne milagro.

La vispera de la batalla, en la trinchera que Colón había hecho construir para evitar una sorpresa, colocó como estandarte una cruz de madera. Todavía no estaba concluida la obra, cuando divisó una multitud de indios que casi cubría el horizonte. Los indígenas, llenos de entusiasmo por salvar sus fueros y conveniencias, venían precipitándose bajo el mando del cacique Manicaotex por la llanura de la Vega, con toda la algazara y gritería de que se valen en sus lances de guerra. Luego que estuvieron cerca, acometieron decididamente á los españoles ya muy entrado el día, desalojándolos del palenque y cerro, y atacando directamente la cruz, á la que seguramente atribuían el poder mágico que sostenía el valor de sus enemigos. El Almirante y los suyos retiráronse al cerro inmediato, desde donde presenciaron la escena tumultuosa é irreverente de los indios con la Santa Insignia, á la cual pretendieron reducir á cenizas arrimando leña seca y prendiéndola fuego; mas á pesar de todos los esfuerzos que hicieron para quemarla, no pudieron lograrlo de ninguna manera; lo cual visto por Colón cerró valientemente con ellos rechazándolos con pérdida de muchos indios. No por esto dejaron de volver los indígenas á la carga aún con mayor ardimiento, y fué forzoso á los españoles ceder á la multitud segunda y tercera vez, hasta que, acercándose la noche, hubieron de retirarse al cerro donde tenían plantados sus reales. Desde allí observaron el encarnizamiento con que nuevamente persistían los indios en destruir la cruz; pues luego trajeron infinidad de bejuco de los más gruesos de los montes y atándolos á ella tiraban á derribarla, aunque nada consiguieron. Se propusieron también cortarla con hachas de piedra; y al primer golpe quebrábanse éstas, según que dieron testimonio de ello los mismos que vieron y presenciaron estos hechos.

He aquí parte del milagro; y aunque tales hechos debieran haber fortalecido la fe de los españoles, sin embargo cundió en ellos el desaliento; y el Almirante, preocupado por la seria y apremiante situación en que se encontraba, llamó á consejo á los capitanes y personas autorizadas que estaban con él, para deliberar lo que debía hacerse.

Distintos fueron los pareceres de los individuos del consejo. Para unos la retirada era la medida salvadora; para otros convenía mantenerse en expectación. En tal conflicto, se levantó en medio del consejo la autorizada voz de Fray Juan Infante, de la orden mercedaria, y confesor del Almirante, y en un discurso en que se descubre la energía de su carácter sostenida por su inquebrantable fe en la protección del cielo, protección manifestada por el patente milagro de aquel día, los excitó al combate y les predijo la victoria. «Dios, les dijo, nos está señalando el triunfo con repetición de milagros, como se ha visto las tres veces que los indios han puesto fuego á la Santa Cruz, conservándose verde y lozana entre las llamas é incendio. La cruz triunfa del fuego, y los seguidores de ella triunfarán en estas conquistas. Vivirá Jesús y se cantará victoria por el Redentor. Lo que importa es, implorar el auxilio de Nuestra Señora de las Mercedes, cuya imagen nos ha consolado y favorecido hasta aquí. Encomendémonos á ella, y al amanecer, tocad al arma apretando bien los puños, que la Madre de Dios está con nosotros.»

Estas enérgicas palabras produjeron su efecto en los miembros del consejo; y fué tal el ardor, que se despertó en ellos, que en aquel mismo momento quisieron acometer al enemigo; pero el Almirante contuvo aquel primer ímpetu de su entusiasmo, y empezó á tomar sus disposiciones para el siguiente día.

Noche de angustias fué para todos; de vigilia para la

mayor parte. El Padre Infante se mantuvo en vela; y refiere que, á eso de las nueve, vió una luz desconocida y suave que rodeaba la cruz, cuyo resplandor dejaba percibir sobre el brazo derecho de ella una mujer vestida de blanco, de hermosísimo aspecto, de majestuosa mirada, con un niño en los brazos, y que por más de cuatro horas estuvo allí saludada por españoles con oraciones y lágrimas, porque conocieron que era María de las Mercedes, que venía á consolarlos y animarlos en su aflicción. Y añade Fray Juan, que los indios que la miraban, empezaron á tirarle flechas y varas; pero que, retrocediendo éstas, iban á herir á los mismos que las tiraban perdiendo muchos la vida. Á vista de tan patentes prodigios, cobraron ánimo los españoles, que esperaban con ansia el día para acometer á los indios.

Llegó por fin el momento deseado, y libróse la batalla. Completa fué para los españoles la victoria. Ni el indómito valor de los indios, ni sus esfuerzos, ni sus heroicidades, ni tantas vidas sacrificadas en aras de su independencia, fueron bastantes para detener el carro triunfal de los castellanos, que no pudieron menos de reconocer en ese suceso maravilloso, la interposición de un milagro, que venía á confirmar la visión de la víspera.

Tal es el origen de la fe, que desde entonces inspiró la Santa Cruz de la Vega, que se hizo siempre más venerada por la multitud de milagros sucesivos en una larga serie de años.

De la cruz se hicieron luego tres, de las cuales una quedó en el Santuario del Santo Cerro, otra se llevó á la ciudad de la Vega, fundada al pie de la colina, y la tercera se llevó á Santo Domingo. Respecto de esta última, no hay duda alguna de que es de la misma madera de la que plantó Colón en el Santo Cerro. Documentos auténticos confirman esta verdad y vienen á

robustecer las relaciones de los historiadores en este punto (1).

III.

LAS TRES IMÁGENES.

La República Dominicana posee tres imágenes de la Santísima Virgen, que son objeto de entusiasta culto por parte de los fieles. Una es la de Nuestra Señora de Aguas Santas en el pueblo de Boya, de la cual no tenemos datos fijos. La segunda es la de Nuestra Señora de las Mercedes en su famoso santuario del *Santo Cerro*, monte que se levanta en la llanura de la Vega. Á su pie está la ciudad de La Vega, capital de provincia situada á orillas de un pequeño afluente del río Yuma, con una población de doce mil habitantes en todo el distrito; y en tiempos antiguos llegó á ser cabeza de Obispado, que después se suprimió.

Como se cree fundadamente que la celestial Señora bajo el título de las Mercedes, se apareció rodeada de resplandores sobre la cruz de que hicimos mención en el párrafo anterior, se le edificó hace cerca de cuatro siglos un santuario modesto, pero que es visitado continuamente por millares de peregrinos. Innumerables son los prodigios que se dicen recibidos de su bondad. Pero la Imagen más conocida y admirada es la de Nuestra

(1) Varios autores han escrito sobre esta Cruz milagrosa. Entre los antiguos citaremos á V. Moreau de St. Mery = Charlevoix = Las Casas = Herrera = Delmonte = Tejada = Valverde.

Entre los modernos se distinguen Fray Roque Cocchia, que fué Delegado y Vicario Apostólico en Santo Domingo y después Intendente de la Santa Sede en el Brasil. Con el título *El Santo Cerro y la cruz de la Vega*, escribió luminosos artículos que se publicaron en la *Gaceta* de Santo Domingo en el año 1880.

Señora de *Altagracia*, que tiene su santuario en la ciudad de Higuéi, distante setenta quilómetros al oriente de la capital de la República.

No hay en los archivos eclesiásticos de la isla, documento que acredite el origen de la milagrosa imagen. Sólo se conservan tradiciones que se transmiten de padres á hijos y que consigno aquí tal cual me las ha suministrado el dignísimo Prelado de la Archidiócesis dominicana.

IV.

SUEÑO Y HALLAZGO

Por los años de 1600 á 1650 residía en Higuéi, población central del antiguo cacicato de Icayagua, una familia noble y de arraigo, la cual se distinguía por su piedad. Al emprender el señor de ella un viaje á la capital, una hija le pidió buscarse con empeño la imagen de Nuestra señora de *Altagracia*, que ella había visto en sueños y no se le borraba de la memoria. El buen padre, ansioso de complacer á su hija, practicó las más exquisitas diligencias para encontrar la estampa solicitada; pero todas salieron frustradas. Habló con varias personas piadosas, con frailes y canónigos, pero todos daban la misma respuesta, que ni siquiera conocían tal advocación de María.

Regresaba á Higuéi con el alma dolorida por no haber podido complacer á su hija, cuando en cierta posada del camino, donde debía pernoctar, encuéntrase con un peregrino que había llegado á hospedarse en la misma casa. Después de hablar amistosamente de varias cosas indiferentes, el noble caballero le refiere la pena que siente por no haber encontrado la imagen de Nuestra Señora de *Altagracia*, que con tanto encarecimiento le había pedido su hija.

Levántase el peregrino y deslía un pequeño lienzo que tenía arrollado, entregándoselo á aquél, y diciéndole: «Llévele V. esta imagen á su hija, y quedará contenta». Como no quiso nada por ella, el señor pensó corresponderle á su regalo con algo de lo que llevaba en su carga, y aguardó hasta la despedida; pero el peregrino se había marchado durante la noche, y ni los dueños de la posada le conocían.

Al llegar el viajero á su domicilio entrega el lienzo á la hija, y queda sorprendido al ver que ésta cae de rodillas diciendo: *Ave María, llena de gracia*. «Ésta es la misma imagen que ví en mi sueño; ella será aquí alabada y bendecida, y nos dispensará grandes favores».

V

DEVOCIÓN DE LOS PUEBLOS

La imagen fué bendecida por el párroco; y desde ese momento comenzaron á visitarla los vecinos del pueblo y de sus alrededores, que le pedían remedio para sus necesidades; y todos ellos contaban agradecidos, que no habían sido estériles sus súplicas. Esto contribuyó para que la fama de Nuestra Señora de *Altagracia* se extendiera por todos los términos de la isla; y eran tales las maravillas que se referían, que la Autoridad eclesiástica mandó levantar sumario, y en vista de su contenido permitió que se erigiese el santuario que existe al presente, donde jamás faltan almas piadosas haciendo la corte á su amada Reina. En su santuario bendito se han verificado curaciones instantáneas de enfermos desahuciados por los médicos; paráliticos han recobrado el uso de sus miembros, ciegos la vista, afligidos el consuelo. Los muros están tapizados de cuadros en que se recuerdan esos hechos portentosos. Y no sólo se encomiendan

á ella los hijos de la isla; sino que la invocan en Cuba, Puerto Rico, Venezuela y Colombia, como lo atestiguan los exvotos recibidos de esos países y que no son escasos en número.

Á las inmediaciones de la ciudad de Puerto Príncipe en Cuba existía una aldea llamada Altagracia, con su capilla dedicada á la Santísima Virgen del mismo nombre. En el altar mayor se destacaba la imagen de la Señora tallada en madera. En la última guerra los insurrectos redujeron el pueblo á cenizas. Sin duda á esta imagen alude el Dr. D. Vicente de la Fuente en su Historia de la Santísima Virgen, pues personas distinguidas de Santiago de Cuba, de la Habana y de Cienfuegos no han sabido darme noticia de otra. Prueba también el culto que se rinde á Nuestra Señora de Altagracia el que en las Antillas y Méjico muchas señoras llevan su nombre.

La Santidad de León XIII, á fin de fomentar más el culto de la Santísima Virgen de Altagracia, otorgó que su festividad, que es el 21 de Enero, se celebrase en todo el arzobispado con oficio y misa propios y rito de segunda clase.

El venerable Prelado que rige actualmente los destinos de la grey dominicana, Ilmo. Sr. Dr. D. Fernando Arturo Merino, en correspondencia de 7 de Septiembre 1903 me decía: «Puede V. afirmar que en Santo Domingo se tiene plena fe en Nuestra Señora de Altagracia y que los datos que le he suministrado son verídicos.»

CAPÍTULO XVIII

María Libertadora (1) en la Martinica

En el grupo de las Antillas menores figura la isla de la Martinica, que pertenece á Francia y cuya área superficial es de 988 kilómetros cuadrados. Los marinos la distinguen desde lejos por tres picos, que se elevan sobre la cadena de montañas que la atraviesa en toda su longitud. De ellos el más vecino á la costa es el llamado Monte Pelado, que se eleva á 1350 metros sobre el nivel del mar. La tierra es fértil y produce todas las plantas de los trópicos. Ha sido muy castigada en diversas épocas por temblores y erupciones volcánicas, que han arruinado las poblaciones. Fresco está todavía en la memoria de todos el terrible cataclismo del 8 de Mayo de 1902, que redujo á escombros la ciudad de San Pedro, pereciendo miles de víctimas. Cuenta con unos 190.000 habitantes católicos, para cuyo gobierno reside en Fort de France, capital de la isla, un Obispo, sufragáneo del metropolitano de Burdeos.

«En la Martinica, me escribía con fecha 15 de Noviembre de 1903 el Ilmo. Sr. Dr. D. Maria Carlos Alfredo de Cormont, Obispo de la diócesis, hay una devoción particular y ardorosa á la Santísima Virgen. En muchas casas conservan su imagen bendita, delante de la cual hacen arder constantemente una lámpara. Infe-

(1) El título de la imagen en francés es *Notre Dame de la Délivrance*, que no tiene correspondencia exacta en castellano.